

CIUDAD REAL

NOTAS DE UN VIAJE APRESURADO

Francisco García Pavón



CIUDAD REAL



NOTAS DE UN VIAJE APRESURADO

Francisco García Pavón



Ficha Catalográfica

García Pavón, Francisco

Ciudad Real : notas de un viaje apresurado / por Francisco García Pavón. -- Ciudad Real : Centro de Estudios de Castilla-La Mancha, 2009

11, XXIII, 52 p. : il. ; 21cm. -- (Recortes de Prensa Castilla-La Mancha ; 1)

Incluye un prólogo titulado: García Pavón: el viaje apresurado o la quieta velocidad de José Rivero Serrano.

D.L. CR 749-2009

Literatura de viajes

Descripción y viajes

Ciudad Real

Rivero Serrano, José

ISBN 978-84-8427-732-3

© de los textos: sus autores

© de la edición: Universidad de Castilla-La Mancha

Fecha de la presente edición: diciembre de 2009

Edición:

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (UCLM)

[<http://www.uclm.es/ceclm>]

Colección Recortes de Prensa Castilla-La Mancha, nº1

Directores de la colección:

Ángel Luis López Villaverde, Isidro Sánchez Sánchez
y Rafael Villena Espinosa

Diseño y maquetación:

Sobrino, comunicación gráfica

Fotografías:

Archivo del Parque Arqueológico Alarcos-Catralava

ISBN: 978-84-8427-732-3

Depósito legal: CR 749/2009

Impresión y encuadernación:

Gráficas Garrido, Ciudad Real

CIUDAD REAL

NOTAS DE UN VIAJE APRESURADO

Francisco García Pavón

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha
Parque Arqueológico Alarcos-Calatrava
Ciudad Real 2009

GARCÍA PAVÓN

EL VIAJE APRESURADO
O LA QUIETA VELOCIDAD

José Rivero Serrano

*Las ciudades deben verse como se
bebe el vino, despacio y paladeán-
dolo; pero yo he visto Ciudad Real
a horcajadas sobre veloz saeta de
montero.*

García Pavón. "Ciudad Real. (Notas
de un viaje apresurado)".

Conviene señalar en el texto mencionado una contradicción previa, entre la quietud necesaria que debe desplegarse en la captura de las ciudades y la urgencia que acompaña a García Pavón en su recorrido por Ciudad Real, como el mismo nos indica. De tal suerte que formula su presencia como: "Sin tiempo para buscar durante unas horas el rincón; ese rincón que tienen todas las ciudades, desde el cual a la caída de la tarde, se puede adivinar y soñar toda la historia de un pueblo"¹. Como si ya advirtiera alguna disonancia entre los propósitos y los resultados; como si el rincón y su captura precisaran de cierta quietud morosa, que no siempre es posible y que hoy no se puede verificar.

No está aún por ello, en 1951 año de la publicación de "Ciudad Real (Notas de un viaje apresurado)"², trazada y cerrada la senda de la escritura de García Pavón. Máxime si tenemos en

¹ F. García Pavón, "Ciudad Real (Notas de un viaje apresurado)", en *Lanza*; Ciudad Real, 18 a 22 de septiembre de 1951.

² *Ibidem*.

cuenta, que hasta 1956, no le adjudicarán su centro probable o el centro de su mundo venidero. Como hiciera Carlos María San Martín en su trabajo “Tomelloso no alumbró semidioses; hace poetas”³, al anotar sobre el escritor tomellosero que tras “sus quijotescas salidas a la novela, ha encontrado su camino: el cuento”. Las quijotescas salidas apuntadas por San Martín, estarían referidas tanto a *Cerca de Oviedo*, de 1945, como al centro, o al rincón localizado, de 1952 con *Cuentos de mamá* y de 1955 con *Las campanas de Tirteafuera*.

Por ello, los años transcurridos entre 1948, en que entrega a la imprenta sus “Momentos decisivos (Ideas sobre el Tomelloso de hoy)”⁴; y 1955, año en que publica su *Historia de Tomelloso (1530-1939)*⁵, se edita el discurso de ingreso en el Instituto de estudios Manchegos, “La Mancha que vio Cervantes”⁶ y completa su cuaderno viajero con las entregas de “Puertollano, ciudad mestiza”⁷ y “Ciudad Real en el VII centenario de su fundación”⁸; pueden ser vistos y entendidos como los años de tanteo, de búsqueda y de maduración a través de diversos ensayos de captura urbana y paisajística. Una bús-

³ C. San Martín, “Tomelloso no alumbró semidioses; hace poetas”, en *Lanza*, 10 de mayo de 1956.

⁴ F. García Pavón, “Momentos decisivos. (Ideas sobre el Tomelloso de hoy)”, en *Albores de espíritu*, núm. 23, septiembre de 1948.

⁵ F. García Pavón, *Historia de Tomelloso (1539-1939)*. Tomelloso, 1955.

⁶ F. García Pavón, “La Mancha que vio Cervantes”, en *Cuadernos de Estudios Manchegos*, Ciudad Real, núm. VII, 1954-1955, págs. 7-24.

⁷ F. García Pavón, “Puertollano, ciudad mestiza”, en *Lanza*, 18 de abril de 1955.

⁸ F. García Pavón, “Ciudad Real en el VII centenario de su fundación”, en *Clavileño*, núm. 33 (1955).

queda que habría dado con esos ingredientes citados, salida al trabajo inédito y concebido como “Viajes por La Mancha”⁹. Una preocupación por el viaje y por el movimiento que ya cita en su discurso de ingreso en el IEM: “El casi escenario de Don Quijote, es el camino”¹⁰; de igual forma que por ello “La Mancha que nos deja traslucir El Quijote, es una Mancha andante vista al paso”. No la quietud precisa en la captura del rincón necesario; sino la inefable movilidad del viaje que asienta a todo viajero en un movimiento raro y sorprendente. Una literatura viajera que en esos años, se plasma anticipadamente, con los trabajos de Víctor de la Serna de 1953 *La ruta de los foramontanos* y con *La vía del Calatraveño*, que se elabora entre 1953 y 1954. Trabajos viajeros que quieren ser, una actualización del viaje ilustrado de Antonio Ponz de finales del XVIII que se publicara como *Viaje de España*; y por ello la rúbrica del proyecto de De la Serna sería ya el *Nuevo viaje de España*¹¹. Como si en unos años estáticos y quietos se impusiera el afán por un movimiento descompensado, y su consiguiente desplazamiento.

La centralidad de 1951, año del repetido viaje a la capital provincial y de su correspondiente nota escrita, está jalonada de otro evento no menos significativo, como fuera la publicación en Jerez de la Frontera del trabajo *Estudios manchegos. Tres ensayos y*

⁹ En *Lanza* del 26 de octubre de 1951, en el suelto “García Pavón nos hace una aclaración”, ya se señala el trabajo en curso bajo esa denominación.

¹⁰ F. García Pavón, “La Mancha que vio Cervantes”, *art. cit.*, pág. 19.

¹¹ A. de la Serna. Prólogo a V. de la Serna, *Nuevo viaje de España. La vía del Calatraveño*. Madrid, Maeva, 2000.

una carta¹². Bastaría desglosar el contenido los ensayos citados para advertir la centralidad de los intereses pavonianos desplegados en esas fechas. Ensayos que viajan desde lo psicológico en “Hacia un concepto de la personalidad manchega”, hasta la extraña biología urbana en “Biología de un pueblo (Ensayo sobre Tomelloso)”; desde su obsesión por la llanura en “Teoría del paisaje manchego (Ensayo sobre la llanura)”, hasta la búsqueda de un símbolo de esa misma llanura en “Disciplina de molinos”, que compone la carta abierta dirigida a Gregorio Prieto. Es decir, todos los movimientos e intereses desplegados en ese año, lo son desde una perspectiva del ensayo descriptivo e interpretativo; y aún no, o todavía no, del relato en ciernes y en formación que se iría abriendo paso en años sucesivos. Más aún, sabemos que en esas fechas Pavón se halla comprometido con la redacción del discurso de ingreso del IEM sobre “La Mancha que vio Cervantes”. En donde, pese a todo, algunos registros nos dejan ver cierta omisión por el medio que practicara Cervantes: “Apenas va más allá de la simple referencia nominal... ni le interesa, como objeto determinante, el paisaje rústico, ni le importa el urbano”¹³. Frente a la dificultad para la captura del rincón de La Mancha, García Pavón señala que en Cervantes “lo que sí atraía la atención eran los hombres; y no solamente los hombres con anécdota”. En una suerte de contraposición entre el estatismo de los paisajes y la movilidad de los hombres.

¹² F. García Pavón, *Estudios Manchegos. Tres ensayos y una carta*. Jerez de la Frontera, Imp. el Santo Escapulario, 1951.

¹³ F. García Pavón, “La Mancha que vio Cervantes”, *art. cit.*, pág. 16.

Quizás esos movimientos que anota sobre *El Quijote*, se desplieguen de forma solapada en su crónica ciudadrealeña: menos paisaje y más paisanaje. Pese al enunciado preliminar del rincón a capturar en el alma del pueblo, finalmente lo que rebosa en el texto de García Pavón, es más la relación de los hombres con nombre propio, que las piedras del paisaje y las huellas de los edificios.

Y así serán los Ángel Crespo, Emilio Bernabeu, Julián Alonso, Paco Pérez Fernández, Fernando Calatayud o Antonio López Torres los que recorran sus notas; más que los lugares, los paisajes y los edificios de la ciudad. “Como leves figuras de fondo de alguna escena abigarrada”. Y como prueba de que, fatalmente, toda esa literatura viajera, conduce más a los personajes que a los lugares. En una reconsideración de la máxima de San Isidoro de Sevilla: la ciudad, las ciudades, son las gentes que las habitan. En una demostración de cierta posible inutilidad del viaje y su movimiento, y de cierta apertura a su universo de ficción estático. Pero de un universo de ficción, que habría precisado el anticipo de esos ensayos y tanteos viajeros, que precisan la mirada y definen las siluetas de los personajes. O si se quiere también: “años de formación que se despliegan en la pequeña letra de la prensa provincial. Años de sol y plomo en los que va teniendo lugar la construcción del escenario y en los que van encajando las piezas del puzzle pavoniano, que sólo Plinio podría desvelar”¹⁴.

¹⁴ J. Rivero Serrano, “García Pavón entre líneas”, en A. Galán Gall y A. Muñoz-Alonso López (Coord.), *Francisco García Pavón: el hombre y su obra*. Cuenca, Centro de Estudios de Castilla-La Mancha, 2007, págs. 79-98.

CIUDAD REAL

NOTAS DE UN VIAJE APRESURADO

Francisco García Pavón

Las ciudades deben verse como se bebe el vino: despacio y paladeándolo; pero yo he visto Ciudad Real a horcajadas sobre veloz saeta de montero; mirando y mirando, pero viendo poco; sin tiempo para buscar durante unas horas el rincón; ese rincón que tienen todas las ciudades, desde el cual, a la caída de la tarde, se puede adivinar y soñar toda la historia de un pueblo. Un dulce anochecer de primavera, sentí –hace ya años– sentado en el poyo de una ignorada callejuela de Toledo, todo el pulso y el tempo de la ciudad. Otra tarde de otoño, cobijado de la llovizna en el quicio de una puerta claveteada y con escudo, ví, como en revelación, el lento y nostálgico pulso de Santillana. Pero en Ciudad Real no tuve tiempo de buscar ese rincón... aunque yo creo que me estaba destinado en la glorieta que rodea la

Iglesia de San Pedro, allá en un paseo ancho donde ví pasear a dos sacerdotes entre el grave revoleo de sus manteos. Y un día próximo, sin que nadie se entere, volveré a Ciudad Real para esperar la (ilegible) donde digo.

CIUDAD REAL: PUEBLO DE LA MANCHA

Como nuestra provincia está tan cerca de Madrid, los habitantes de los pueblos suelen tenerle por capital; y a Ciudad Real por el “mejor pueblo de la provincia”. Si, es corriente que se le mire despectivamente, más todavía, dolorosamente, ya que los premiosos viajes a ella siempre están motivados por trámites oficiales y papeleos utilitarios. Pocos manchegos han ido a Ciudad Real buscando el placer del cuerpo o del espíritu. A mi, confieso que me ocurría igual. Para mi Ciudad Real era la dolorosa Caja de Reclutas sugerente de recuerdos desasosegados; y el Instituto, donde pasé los primeros miedos de mi vida. Por sus galerías oscuras que hoy me parecen tan pequeñas, entre sus bedeles bigotudos, en la silla eléctrica de sus bancos descuajaringados, ante aquellos severos tribunales de catedráticos ¡ay! ya desaparecidos: Don Rodrigo Méndez, con sus barbas; don José Balcázar, con sus voces y su oreja de celuloide; don Eusebio León, con su recio bigote de gendarme y su severísimo y extraviado mirar; don Vicente Calatayud, con el chaleco negro siempre nevado de la ceniza del cigarro, su

bigote multicolor y su imponente y machadesca naturaleza, etcétera. Sí, yo a Ciudad Real siempre fuí a sufrir... a que me firmasen y sellasen papeles temerosos. El único retiro placentero que encontré allí, fué su precioso Parque de Gasset; donde descansaban mis nervios y añoraba mi casa. Por todo esto, yo necesitaba conciliarme con mi capital, debía ir una vez al menos con fines puramente generosos. Intentando buscar lo mucho que tiene de verdadera capital, de “mejor pueblo” cargado de historia y de poesía. Debía ir, y he ido a buscar el alma de Ciudad Real. A continuación enumero mis impresiones. Pero quiero anticipar mi fallo: Ciudad Real ha dejado de ser para mí “el mejor pueblo de la provincia” y se ha convertido, redonda y absolutamente, en la capital, en la verdadera capital, a la que difícilmente podrá alcanzar jamás ningún pueblo de su gobierno. Yo os invito, manchegos, paisanos, desde estas columnas a que un día tomeis el tren y vayais a Ciudad Real desinteresadamente, sin papel sellado, a pasear por sus calles y plazas, a visitar sus monumentos, a charlar con sus intelectuales y artistas, y vereis cómo al volver de ese viaje Ciudad Real ha dejado, en vuestro concepto, de ser el “mejor pueblo de la provincia” para convertirse en la capital, en la auténtica e indiscutible capital.

HOMBRES Y COSAS DE CIUDAD REAL - LOS DOS CAUDILLOS -

Una de las primeras visitas que hice fué a la Diputación. No estaba en aquel momento el presidente accidental, señor Gutiérrez, y con la gentil dirección de don Luis Oraá ví los principales departamentos del Palacio, hoy restringido por la vecindad del Gobierno Civil. Aunque no tuve tiempo de ver con detenimiento lo mucho que encierra, me detuve ante las obras de mi mejor examinador de dibujo don Angel Andrade. La Diputación provincial es un verdadero Museo de don Angel. Abundan las obras monumentales de paisaje manchego y castellano, siempre perfecto de dibujo y de paleta muy matizada y sobre todo los últimos, dentro de una técnica personalmente impresionista.

Recuerdo a don Angel la última vez que le ví, con su lacito, blancos ya el cabello y el bigote. Con la perspectiva del tiempo, vamos viendo ya como los hombres del 98 –llamémoslos así– al igual que los románticos, tenían una tipología singular, don Antonio Machado, como Vicente Calatayud, Gregorio Arrieta, Rusiñol y Andrade, eran hombres de corbata de lazo, traje descuidado y lleno de ceniza del cigarro; de semblante bonachón y liberal; amigos melancólicos de la vida; con los dedos amarillos por la nicotina.

El otro gran pintor manchego y por tanto prolífico vecino de la Diputación es Carlos Vázquez. En su autorretrato, magnífico por cierto, tiene cara de doctor en medicina: con

quevedos y cuello duro. Me gustó mucho su retrato de Balbuena, tan suave y delicado de color; pero lo que más me llamó la atención –aparte de su arte, con ser mucho– fueron los retratos de los dos Caudillos manchegos: el general Espartero y el Cardenal Monescillo. Ambos cuadros están colocados uno frente a otro en la sala de sesiones de la Diputación. Están enfrentados ambos en posiciones análogas, medio incorporados cada uno en su sillón, con gestos enérgicos, imprecativos, como sorprendidos en acalorado debate sobre la primacía de sus respectivas jurisdicciones. Cuando la sala esté solitaria sobre los escaños de los diputados, serán ellos los que vocean con voces y arrebatos.

SANTIAGO Y SU “BOARDILLA”

La única impresión lamentable de mis cuarenta y ocho horas en la capital, me la produjo la medieval iglesia de Santiago. Su limpio gótico de transición está enjalbegado de la forma más detestable; en el Altar Mayor hay unos dibujos simbólicos que unidos a una lamentable imagen del Apóstol, color de bombonera, hacen llorar de rabia. El piso, de mosaico, es de cualquier cosa menos de un templo gótico... Pero lo verdaderamente triste, lo que hace dudar a uno del raciocinio humano, es la “boardilla”. Mis queridos amigos don Emilio Bernabeu y Julián Alonso, ya hablaron del asunto en el fusilado “Albores”; pero yo he de insistir.

Me subieron por una endemoniada escalera de caracol. El sacristán, con guardapolvos amarillo, nos llevó la vela para alumbrarnos. Llegamos a la “boardilla” del crimen. Allí, condenada a cadena perpetua, sobre la panza quebradiza de una estúpida bóveda de yeso, duerme el sueño de los justos, lo que debió ser precioso artesonado mudéjar, que al igual que en Alarcos, cubría el templo. Aunque descolorido, está casi íntegro, Recibe la luz de un precioso rosetón gótico, que ha quedado como claraboya de aquel palomar. Porque aquello señores, es un palomar con su palomina y todo y de ello es comprobante mi impregnada carpeta de apuntes y mi traje. Aquellas artísticas tracerías, en cuya ejecución tanta ilusión pusieran nuestros ilusos abuelos, yace hoy mirando la panza estúpida de la bóveda de yeso. Allí, las armas de Castilla y de León, así como las del Maestre de Calatrava, que ornaban los canecillos y el friso, día a día, van siendo borradas por los vuelos y lo otro, de las felices palomas, que se permiten tener un columbario estilo mudéjar del siglo XIV.

Fernando Calatayud, pataleando furiosamente sobre la tonta bóveda, me dio la idea de lo que debían hacer los ciudarrealenños con aquella “boardilla”.

Desde las vistas de aquellas alturas, por una tronera, López Torres descubrió un panorama interesantísimo. Yo, intenté asomarme para verlo pero un chava me tiró una china desde la recogida plazuela y desistí... Debí parecerle una paloma grande...

ANGEL CRESPO

Es el hombre que he visto en mi vida más parecido a su caricatura, concretamente a una que conozco hecha por Eripe. Por su vitalidad, fábrica humana, gesto y ademanes, parece hombre de goma maciza, capaz de estar botando días enteros entre un techo académico y un suelo de cretinos. Con los ojos rasgados, su pronunciación redonda, casi levantina, sus aspavientos, su pelo, su cabeza y su espíritu es iconoclasta... de lo malo.

Unos versos suyos se me quedaron en la memoria que resultan un verdadero autorretrato:

*Yo me monto en el aire
y a las rocas me bebo
a sorbos. Yo soy libre
y vigoroso y crespo.*

Esto es estupendo.

Angelín se abre paso a bastazos y la gente le teme cara a cara y le critica a la espalda. Muerto el pobre Juan Alcaide, yo creo que a él le corresponde el cetro de la poesía manchega.

Comprendí mejor a Crespo cuando conocí a su madre. Los dos se compenetraban hablando de arte y de poesía. Con una exquisita nobleza de matrona me habló de Pietro, de Pradilla, de Iniesta, de Calatayud, y de su Angelín. Pero... yo

me he enamorado de las preciosas y sensitivas manos de tu madre, Crespo.

EL DIARIO “LANZA”

La Redacción y Talleres de LANZA, dan la impresión de una máquina de escribir en las cuevas de Altamira; pues dentro del caserón más zarrapastroso que pueda imaginarse está la maquinaria moderna y buenísima, al decir de los entendidos: tres linotipias, una rotoplana y el taller de fotograbado.

Yo tenía verdaderas ganas de ver estos talleres donde a veces se componen cosas mías. Hasta que no conoce uno la imprenta donde le imprimen sus escritos no está tranquilo. Hasta el día que visité LANZA tenía yo el pesar que debe invadir a los operados de estómago, cuyas entrañas han sido arregladas y puestas de limpio sin poderlas ver el propio interesado.

La bobinas de papel que había en el patio eran como las piezas de género en el anaquel de un sastre; que luego salen deshechas de tres en tres metros. Sentí mucho no poder saludar a Carlos María San Martín, pero tuve un magnífico y cordialísimo “Virgilio”. Me refiero a Baldomero Montoya. Tuvo conmigo extraordinarias atenciones, que nunca le agradeceré bastante.

Salí de LANZA con cierta nostalgia porque sé que allí se barajarán algún día unas líneas hablando de mi cuando

me muera. Las notas necrológicas que los diarios hacen a los escritores, artistas y políticos, tienen cierta isocromía y ritmo, con la fane doméstica de embaular las ropas del finado.

... Sí, salí nostálgico porque el poco nombre que uno tiene en la provincia se lo han fabricado aquellos simpáticos hombres que allí andan con “mono” azul escribiendo y des-escribiendo en plomo.

LÉRIDA Y SUS LIBROS

Don Enrique Lérica con su cara de niño tímido, su voz trémula, sigue siendo el primer librero de Ciudad Real. Rodeado de sus hijos y mujer, la tienda de don Enrique es algo así como una salita de estar para los estudiosos de la capital. Yo, le tengo mucho agradecimiento a Lérica por algo que él no recordaba: Siendo casi un niño, entré en su librería a husmear en los estantes y él se aproximó a mi con un libro entonces recién aparecido.

-Lleve usted esto que es de un poeta de Valdepeñas buenísimo.

Era la “Noria del agua muerta”, de Alcaide. Con él me inicié en la obra de Juan.

FERNÁN CABALLERO

Estaban acabando sus ferias cuando nosotros estuvimos allí. Me pareció un pueblo muy manchego y muy luminoso. En una plazuela ví un bar solanesco, cuya terraza estaba abierta con una lona bajísima y pequeña atada a cuatro postes, para dar sombra a los clientes, la mayoría mozos en mangas de camisa y a horcajadas sobre las sillas. Daba la sensación de algo así como un puesto donde se vendieran hombres a la sombra de la siesta canicular.

Pasamos un rato muy bueno en la casa de don Pascual Crespo, médico cultísimo, gran conversador, que posee una coleccioncita interesante de obras de pintores manchegos. Don Pascual, vestido con pijama, que manejaba como si fuese un traje nuevo, nos invitó a “palomillas” en su patio fresco y hablamos de muchas cosas. A mi me dio la tarde un endemoniado sillón de lona con respaldo basculante que se me giraba como aspa cada vez que me incorporaba para tomar mi copa. Fue una pena que cuando aprendí a manejarme en el dichoso sillón tuviéramos que marcharnos.

Don Pascual nos habló de los famosos “encierros” de Fernán Caballero. Por lo visto son algo estupendo. (Luego me lo ratificó mi simpático paisano Daniel García-Ibarrola). Sueltan unos cuantos toros por las calles, acotadas en determinados sitios, que están correteando a su sabor horas y horas por el pueblo. La corrida es constante, plural y espontánea. Los mozos y chiquillos torear a las reses como

quieren y como pueden. Los espectadores, salen a sus ventanas, ven un poco; entran, charlan un rato, beben unas copas; salen a ver otro poco y así hasta la noche, en la que los toros son fusilados del modo más ibérico. Como anécdota contaron que un señor de Ciudad Real que llegó a ver el espectáculo un poco tarde, tardó cuatro horas en poder cruzar una calle.

Otro tema que se tocó fue el origen del pseudónimo de doña Cecilia Böhl de Faber.

La versión oficial, según don Pascual, es que a doña Cecilia le daba vergüenza publicar su primera novela “La Gaviota”, con su nombre y apellido, y leyendo en un periódico no sé qué noticia del pueblo de Fernán-Caballero, decidió tomar este toponímico por pseudónimo.

La segunda versión es original de Pascual Crespo. Según él, el camino de Sevilla para andaduras pasaba muy cerca del pueblo de Fernán-Caballero. En donde hoy está la “Dehesilla de Lara” hubo entonces una venta de cambio de tiros donde doña Cecilia debió pasar en algún viaje y chocándole por su eufonia el nombre del pueblo vecino, lo adoptó por pseudónimo.

Pero de todas las cosas que contó don Pascual, para mí lo más chocante y que me gustaría llevar a cabo es la de hacer la ruta del Quijote en tartana, pero llevando media jornada adelante una típica cocinera manchega, que nos esperase con los galianos hechos. Lo mejor que he oído en materia de “rutas”.

PANTANO DE GASSET

Contó Paquito Pérez que según un amigo suyo es fácil hacer un pantano: Se coge agua de un río, se le embotella en un embalse y luego se deja salir a chorritos cuando a uno le da la gana. Había que recordarle esta sencillez a los de nuestro Pantano de Peñarroya, siempre en potencia milenaria.

El Pantano de Gasset es como una preciosa laguna de Ruidera hecha por los hombres. En sus contornos se ha conseguido gran feracidad. Un gran bosque de pinos y eucaliptos caracteriza el paisaje. Con mucho detenimiento me lo explicó don Angel Rodríguez Niveiro, mi generoso y simpatiquísimo amigo, aparejador del Ayuntamiento de la capital. Don Angel, que tiene cara de guanche buenazo y dormilón, aconsejó al guarda del pantano que intensificara la dosis de cloromina para depurar las aguas, porque en la ciudad había varias familias enteras con trastornos intestinales. Yo quedé mirando con verdadero respeto a aquel hombre del “mono” azul, el guarda, que tiene en sus manos la colitis de una población, según apriete más o menos el volante del cloro y de la otra cosa que no me acuerdo.

CALATRAVA LA VIEJA

Desde la carretera y a la caída de la tarde que llegamos, Calatrava la Vieja, es algo así como un monte azulado

con muñones deformes. La inercia de los hombres y la tierra voraz se han casi tragado aquellos murallones que fueron el nido donde nació la Orden de Calatrava, puntal fundamentalísimo de la Reconquista. En la historia escrita, los datos de aquellos hombres y gestas, bailan también con inseguridad, son tragados también por la inexactitud.

Dejamos el coche en la falda del monte, y guiados por don Julián Alonso, maestro de erudición manchega y arqueólogo sutil y nada pesado, encimamos aquella cabezota de tierra histórica barbada de rastros y barbechos. Mientras vamos subiendo la cuesta entre cardos y espinos me place hablaros de Julián Alonso. Con sus patillas largas, ya canas, la cara ovalada, la sonrisa maliciosa, los ojos chispeantes y su cuerpo duro, ágil y menudo, parece un bandido convertido al bien: cristianizado. Su cojera sincera y decidida debió producírsela el arcabuzazo de un gendarme allá en sus viejas andanzas por las encrucijadas. Es incansable en el andar; lleva sandalias, chaquetilla blanca y una máquina fotográfica cargada, como si fuese un trabuquillo. La prueba más convincente de su valentía es que fuma tabaco de la ración con impasibilidad desconcertante. Siempre va delante, trepando y risqueando, buscando el ángulo interesante y vista más bella... pero luego, cuando habla lo hace con una mirada más dulce y diciendo muchas cosas interesantes. Es uno de los más preeminentes espíritus de la Mancha.

Ya en la cima, Calatrava la Vieja es una barbechera rodeada de montones informes de piedra de las murallas. Re-

sulta difícilísimo para un inexperto, como yo lo soy en materias arqueológicas, hacerse una idea de la estructura que tuvo este recinto. El foso está casi lodado y los cimientos y restos de lienzos de murallas confundidos. El arado ahora, y el ganado y los hombres otras veces, van, con los siglos, haciendo agro lo que fué villa, fortaleza.

La planta de la capilla se conserva más dibujada, aunque de formato irregular, ya que la nave única que debió tener y el presbiterio, según señaló don Angel R. Niveiro, debieron tener distinto eje. Queda el ábside y en su paramento inferior aún se ven agujeros en los que se fijara en otro tiempo el retablo del Altar Mayor.

Atalayando los caminos y subidos en lo más alto de las ruinas había una pareja de la Guardia Civil que nos acompañó en nuestro ir y venir por aquellos restos de historia. Yo pensé si serían dos calatravos metamorfoseados que hacían guardia perenne a su residencia secular.

Luego estuvimos en la ermita de hermosísimo patio, donde está la Virgen de Carrión. La santera, mujer de folletinesca imaginación, nos contó como la antigua imagen de piedra de la Virgen de los Mártires, había sido robada por un catalán, para mandar otra en escayola. Pero según ulteriores explicaciones del hijo de la dicha santera, la del catalán era pura leyenda. Fue una lástima porque yo pensaba decir muchas cosas contra el catalán aprovechado. En fin, otra vez será, porque desgraciadamente robos no faltan en ninguna parte.

CARRIÓN DE CALATRAVA Y SUS MAGDALENAS

El regreso lo hicimos por este pueblo de tan poético nombre. No sé si por ser la hora del crepúsculo, por subjetivismo, o porque es así, lo cierto es que las calles de Carrión me parecieron melancólicas y tristonas. Apenas había gentes por las calles. Paramos en la plaza. En una rinconada estaba el Ayuntamiento, con bolas doradas en sus balcones. Nos asomamos un momento al casinillo y yo sentí miedo. Constaba sólo de una pieza pequeñísima, con un incompleto diván de peluche rojo. Bajo una luz de poca salud y entre una humareda turbia, varios hombres jugaban abocicados sobre una mesa de tapete verde. No ví más, pero me impresionó aquel cuadro tan agrio e ibérico.

Había un incesante y saudadoso tocar de campanas. Le preguntamos a un chiquillo.

–Debe ser porque hace años que murió alguien.

Yo me imaginé a ese alguien calcinado ya en el trágico cementerio de Carrión, mientras las campanas de su antigua torre, llenaban una tarde entera y melancólica con sus sonidos.

Compramos unos bolsones de magdalenas y fuimos a una tasquita a tomarlas con vino. El tabernero no fué un ejemplo de cortesía. Algunos de mis acompañantes hubieron de estar de pie porque no quiso sacar sillas. Luego le preguntamos si marchaba un curioso y diminuto relojito de pesas que tenía colgado en la pared y dijo que funcionaba

cuando le daban cuerda. En fin, una delicia de hombre. Menos mal que las magdalenas estaban riquísimas y el vino también.

Ya entre sombras volvíamos a Ciudad Real. Crespo tristón y alicaído. Yo con agujetas de tanto andar. Ya de noche pasamos bajo la hermosísima puerta de Toledo.

ALARCOS Y DON EMILIO BERNABEU

La excursión a las ruinas del desastre estaba señalada por Paquito Pérez, el gran maestresala de este itinerario, para las diez de la mañana. Sería nuestro guía histórico y práctico don Julián Alonso, pero un endemoniado pisto manchego le indispuso. Cuando iba a arrancar el coche llevándonos a Paquito, Fernando Calatayud y a mi, apareció en la plaza la menuda figura de don Emilio Bernabeu, que al decirle nuestra situación se brindó a acompañarnos con toda su ciencia manchega. Confieso que me emocioné al saludar a don Emilio, el único vivo de aquella antigua plana mayor del Instituto que yo conocí. Don Emilio, con sus 75 años sigue tan arrichante como siempre, su carita de niño viejo y su voz bondadosa y afable. Se detuvo su precoz calvicie y como hace veinticinco años sigue haciéndose ese difícil peinado de los calvos de prestarse el pelo de un lado al resto de la cabeza. Con tres sortijas en un solo dedo, la chaquetita blanca y el abarquillado sombrero de paja, a primera vista parece

un sujeto desmedrado y enclenque; pero cuando comienza a trepar por cerros y trochas, incansable y delante de todos, uno cambia bastante de parecer. Don Emilio sabe tanto de moros y cristianos; de “cartas pueblas” y cronicones, de pedruscos, cimientos, estilos y plantas de Iglesia que el viaje fué una lección incesante.

Por el camino me fué contando un viaje que hizo a Alarcos, hará cincuenta años, acompañando a Rubén Darío y Blanco Belmonte. Fueron en una galera descubierta. El poeta habló poco y Blanco Belmonte presumió mucho. Nunca me había imaginado yo a Rubén, hombre de meridianos gustos helénicos y sensuales gustos franceses, trepando por estos arqueológicos riscos ibéricos. El tópico siempre nos le representa entre duquesas ebúrneas y jardines franceses; y sin embargo estuvo aquí, clavando sus ojos de indio en estas parameras de árabes sucios y cristianos enterragados y ascéticos.

Luego le dimos vueltas a la etimología del río Guadiana. Se habló de la posibilidad de río de Diana. Calatayud dijo que el poeta Angel Crespo, que llegó a hablar algo de árabe en Tetuán, aseguraba que los moros llaman siempre Guadiana al río de su pueblo ya que este vocablo significa “río mío”.

En estas cosas llegamos a Alarcos. El coche subió a la mismísima cima en un alarde de habilidad del simpático chófer. A nuestros pies aparecía el que fué desdichado campo de batalla para Alfonso VIII el día 19 de julio de 1195,

al decir de las crónicas. Se trata de uno de los paisajes más sugestivos que ví en estas breves andanzas. Es una amplísima sábana de llanura accidentada con suaves ondulaciones, que hechas rastrojos, al sol de la mañana presentaban todas las gamas del amarillo, desde el dorado transparente al amarillo grisantón de las cardenchas. Al otro lado de la cima, el Guadiana, que como un regato –desde aquella altura– serpea caprichoso entre los juncales y otras vegetaciones bajas que van perdiendo verdor conforme se apartan de la orilla. Desde el mismo sitio vimos el famoso lugar llamado de Villadiego, dirección que dicen tomó el rey al salir de pira después de la rota; y el molino de los Ayalas que visitaríamos luego.

Con paciente meticulosidad vimos los restos de las amplísimas fortalezas. Aquí los restos están mucho más enteros que en Calatrava la Vieja. Quedan poco menos que mediadas algunas cajas de torreones y puede seguirse con cierta imaginación el formato de la fortaleza erizada de pinchos y yerbajos secos. Don Emilio caminaba incansable sin quitar los ojos del suelo, de donde con frecuencia cogía y nos mostraba trocitos de cerámica árabe muy abundantes entre aquellas ruinas. Vimos arcos cegados, cuevas, murallones enterrados, torreones segados y por fin la ermita; gótica de transición con capiteles labrados, artesonado mudéjar como el de Santiago, pero también profanado y enjalbegados los muros. Mal clavados en la pared, provisionalmente, vimos dos lienzos de corte italiano, representado la Anunciación y

la Visitación, verdaderamente interesantes, de procedencia y autor desconocidos.

Conducidos por un guarda celtibérico que los señores de Ayala tuvieron la amabilidad de enviarnos para que franquease la corraliza de alambra que lo impide, bajamos al molino.

PAQUITO PÉREZ

Cuanto debe a Paquito Pérez mi pueblo, Tomelloso, no se le pagará nunca. Como decano del Claustro del Colegio “Santo Tomás de Aquino” ha formado de manera extraordinaria a varias generaciones de bachilleres; como corresponsal de LANZA, hizo una serie de campañas en todos los aspectos del periodismo, que situaron a Tomelloso con harta frecuencia en el primer plano de interés provincial; su pluma de periodista, una de las mejores de la Mancha, colaboró igualmente con la Revista “Albores” y últimamente redactó el libro premiado y de próxima aparición, sobre la “Aportación de nuestra provincia a la Historia de España”.

Paquito, mi principal y casi exagerado “Virgilio” en Ciudad Real, al volver de Alarcos nos llevó a la huerta de su familia donde se nos obsequió cumplidamente.

Paquito es hombre inquieto e incesante en su generosidad y cortesía, poco comprendido por todos, es de aquellos

seres peregrinos cuya principal vocación, aparte de la enseñanza, es hacer la vida cómoda y agradable a los demás.

El, con gesto de amargura, suele decir que nació para “yunque”, y es verdad, pero no lo hacen yunque las circunstancias, sino que se hace él mismo, para detener el golpe que vaya sobre otro. Pequeño, movable, lía los cigarros con meticulosidad de relojero, nunca se abrocha el botón superior del chaleco –al contrario de los dandys–, y todos los días cambia de corbata, como si fuesen las hojas del almanaque de su camisa. Yo siempre me imagino a Paquito inclinado con un ademán cortés: dispuesto a levantar al transeúnte que cae en la calle, a pagar unas cañas, a dar constantemente tabaco, a dedicar su primera mirada a la joven que pasa. Parece inquieto y aburrido cuando pasa mucho rato sin que alguien le pida ayuda o favor.

...Cuando vuelva a Tomelloso será para recoger su equipaje y marchar al Instituto Laboral de Daimiel. Todos vamos a añorarle eternamente; pero yo estoy seguro que Tomelloso sabrá darle una digna despedida a este ejemplar acreedor de nuestra cultura y amistad.

Desde la hermosísima huerta de los Pérez volvimos a Ciudad Real. Don Emilio nos perfilaba los últimos detalles históricos y anecdóticos de la excursión que acabábamos.

EL CASINO Y FERNANDO CALATAYUD

A mi me gusta mucho el Casino de Ciudad Real. Es cómodo y confortable. Tiene casi más de club moderno que de casino decimonónico. La última siesta de mi estancia en la capital hicimos allí una tertulia literaria y artística. López Torres, callaba como siempre. Paquito Pérez y yo también. Crespo y Calatayud hablaban sus cosas. Fernando Calatayud, por su aspecto físico me dió la sensación de un Camilo José Cela un poco reducido, pero con detalles singularísimos. Por las mañanas Fernando va hecho casi un pordiosero; por la tarde, un caballero en plaza, detrás del burladero de una policroma e inmensa corbata americana; algo así como si se hubiese puesto una servilleta a propósito para tomar una comida surrealista.

Es el primer hombre que he visto en mi vida con los ojos sin brillo. Son los suyos unos ojos planos, anchos y oscuros como botones de abrigo. Fernando Calatayud habla con las narices muy abiertas y con la boca despectiva. Es un pirotécnico de las ideas y de las paradojas. Cuando defiende algo lo hace a sangre y fuego; cuando desprecia lo hace sin remisión. Tiene un celtiberismo intelectual que recuerda la forma de ser de los del 98. Calatayud hace literatura en todos sitios y a todas horas; su minerva es centrífuga y pródiga, su escasa obra publicada muy interesante; yo le creo más pensador que poeta, con ser mucho.

FINAL

El resto de mi última tarde en Ciudad Real fué precipitado y desasosegado. Hubo que asomarse a muchas cosas en poco tiempo. Con la misma prisa que ví, contaré.

Llegamos a San Pedro cuando salía una boda. El acompañamiento vestido de limpio, bullía por la hermosa glorieta. San Pedro es el mejor templo de Ciudad Real. Se conserva bien y su estilo gótico de transición es de lo más puro, aparte de los inevitables aditamentos barrocos. Sus tres naves despejadas, le dan una traza de solemnidad y equilibrio impresionantes. El retablo de la Capilla del Sagrario no pudimos verlo bien por falta de luz. Tallado en piedra gris tiene un concierto sobrio a la vez que magnífico.

Cuando salimos ya habían marchado los de la boda. Dos sacerdotes paseaban solitarios.

La urbanización de la capital ha mejorado muchísimo desde la última vez que yo estuve, hace ya bastantes años. El Mercado, el Instituto de Higiene y la Delegación de Hacienda, en construcción, y otras obras que no recuerdo el nombre... Por cierto que el monumento a Cervantes, no sé dónde lo han metido. Tendría sus faltas pero era el único en esta provincia en que siempre andamos a vueltas con los dichosos molinos. Porque ya se sabe que ningún manchego mueve la pluma sin soltar los cuatro topicazos del Quijote y ponerse muy sentimental como si don Miguel fuese tío o abuelo de todos.

En la Catedral estuvimos unos momentos. Me resultó un poco achorizada con no tener más que una nave; pero no deja de ser opinión esta un poco irresponsable.

El Parque sigue tan bonito y alegre como siempre, con sus pigmentaciones de soldados y niñeras. Un banco de sorches y otro de niñeras... etc.

Visitamos a don Carlos Calatayud y yo quedé asombrado de verlo sin sus botas. Las ha sustituido por unas zapatillas sin puntera. Desde que tiene un nieto ha echado las botas por la ventana. Me dijo que dentro de unos días venía como “mantenido” (palabra suya) a los Juegos Florales de Tomelloso.

A la estación me acompañó un grupo de amigos. López Torres casi llega tarde, como siempre, con un cuadro a rastras.

Cuando arrancó el tren yo sentí una enorme congoja. Acababa de “descubrir” Ciudad Real, mi capital y allí me dejaba cuarenta y ocho horas de emociones y gentilezas, innumerables e inmerecidas por mi humilde nombre. Desde aquí reitero mi efusiva gratitud a mis amigos ya citados y a José Luis Barreda, cuya bondad y gesto dulcísimo hace imposible el creer que tuviera un antepasado capaz de arrastrar con una cadena tres cabezas de morazos, como campean en el escudo de su casa; a Salvador Pujol, hombre cultísimo y de gran sensibilidad, a Dámaso Pérez Ayala, el rey de los chocolates y descendiente de quien dirigió muchos años la educación manchega.

A todos ellos y a Ciudad Real: ¡hasta pronto!

Artículos publicados en el diario *LANZA*, en cinco entregas, entre el martes 18 y el sábado 22 de septiembre de 1951. Se ha respetado la ortografía original.

FOTOS

CIUDAD REAL
NOTAS DE UN VIAJE APRESURADO

1984



Vista aérea del cerro de Alarcos en los inicios de los trabajos arqueológicos.



Ermita de Alarcos en una tarjeta postal de época. Principios del siglo XX.

2003



Vista similar en la que se aprecia el barrio ibérico y la recuperación de la muralla.

2006



Interior de la ermita, de planta basilical, Santa María de Alarcos.

2007



Bajo una montaña de escombros ha ido resurgiendo el Castillo de Alarcos.

1878



Calatrava la Vieja en un grabado de *La Ilustración Española y Americana*.

2004



La misma vista tras décadas de trabajos arqueológicos y de restauración.

1953



Calatrava la Vieja. Vista lateral del arco triunfal levantado por orden de Muhammad I.

2007



1953



Calatrava la Vieja. La muralla y el arco se levantan entre los "campos arados".

2007



Los trabajos de investigación han recuperado una ciudad donde hubo cultivos.

1953 / 1983



Calatrava la Vieja. Iglesia en su origen, futuro Centro de Interpretación.

1997 / 2007



